

Los españoles sin poder sufrillo
Dejan el campo, y de tropel corriendo
Se lanzan por las puertas del castillo,
Al bárbaro la entrada resistiendo:
Levan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo;
Suben tiros y fuegos á lo alto,
Temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento,
Y aprovecharles poco, ó casi nada,
De voto y de comun consentimiento
Su clara destruicion considerada
Acuerdan de dejar el fuerte asiento;
Y así en la oscura noche deseada
Cuando se muestra el mundo mas quieta
La partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando
Abren las puertas derribando el puente,
Y á los prestos caballos aguijando
El escuadron embisten de la frente:
Rompen por él, hiriendo y tropellando,
Y sin hombre perder dichosamente
Arriban á Purén, plaza segura,
Cubiertos de la noche y sombra oscura.

Mientras esto en Arauco sucedia,
En el pueblo de Penco mas vecino
Que á la sazón en Chile florecia,
Fértil de ricas minas de oro fino,
El capitán Valdivia residia,
Donde la nueva por el aire vino
Que afirmaba con término asignado
La alteracion y junta del estado.

El comun siempre amigo de ruido,
La libertad y guerra deseando,
Por su parte alterado y removido
Se va con este son desentonando;
Al servicio no acude prometido,
Sacudiendo la carga, y levantando
La soberbia cerviz desvergonzada,
Negando la obediencia á Carlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
Incrédulo, remiso y descuidado,
Hizo en la Concepcion copia de gente,
Mas que en ella en su dicha confiado:
El cual si fuera un poco diligente,
Hallara en pié el castillo arruinado,
Con soldados, con armas, municiones,
Seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
Que alguna gente armada le enviase,
La cual á Tucapel fuese derecho,
Donde con él á tiempo se juntase:
Resoluto de hacer allí de hecho
Un ejemplar castigo que sonase
En todos los confines de la tierra,
Porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso;
Y descuidado dél torció la via
Metiéndose por otro codicioso,
Que era donde una mina de oro habia;
Y de ver el tributo y don hermoso
Que de sus ricas venas ofrecia,
Paró de la codicia embarazado,
Cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba
Al concierto en el tiempo prometido:
Mas el metal goloso que sacaba
Le tuvo á tal sazón embebecido;
Después salió de allí, y se apresuraba
Cuando fuera mejor no haber salido.
Quiero dar fin al canto, porque pueda
Decir de la codicia lo que queda



CANTO III

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle después la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga
Con tanta diligencia alimentada!
¡Vicio comun y pegajosa liga,
Voluntad sin razon desenfrenada,
Del provecho y bien público enemiga,
Sedienta bestia, hidrópica hinchada,
Principio y fin de todos nuestros males,
Oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
Contentos en el alto asiento vemos,
Ni á pobrecillos bajos labradores
Libres desta dolencia conocemos;
Ni el deseo y ambicion de ser mayores
Que tenga fin y limite sabemos:
El fausto, la riqueza y el estado
Hincha, pero no harta al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante,
Si era poco el estado que tenia,
Cincuenta mil vasallos que delante
Le ofrecen doce marcos de oro al día:
Esto y aun mucho mas no era bastante,
Y así la hambre allí lo detenia:
Codicia fué ocasion de tanta guerra,
Y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fué quien halló los apartados
Indios de las antárticas regiones;
Por esta eran sin orden trabajados
Con dura imposicion y vejaciones;
Pero rotas las cinchas de apretados
Buscaron modo y nuevas invenciones
De libertad con áspera venganza,
Levantando el trabajo la esperanza.

Cuán cierto es, como claro conocemos,
Que al doliente en salud consejos damos,
Y aprovecharnos dellos no sabemos,
Pero de predicarlos nos preciamos.
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡Qué bien la dura guerra platicamos!
¡Qué bien damos consejos y razones
Lejos de los peligros y ocasiones!

¡Cómo de los que yerran abominan
Los que están libres en seguro puerto!
¡Qué bien de allí las cosas encaminan
Y dan en todo un medio y buen concierto!
¡Con qué facilidad se determinan,
Visto el suceso y daño descubierto!
Dios sabe aquel que á la derecha via
Metido en la ocasion acertaria.

Valdivia iba siguiendo su jornada
Y el duro disponer del hado duro,
No con la furia y priesa acostumbrada,
Présago y con temor del mal futuro:
Sospechoso de bárbara emboscada
Por hacer el camino mas seguro,
Echó algunos delante para prueba;
Pero jamás volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto,
Los tardos corredores no volvian,
Unos juzgan el daño manifiesto,
Otros impedimentos les ponian:
Hubo consejo y parecer sobre esto,
Al cabo en caminar se resolvian
Ofreciéndose todos á una suerte,
A un mismo caso, y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
En sus valientes brazos se atrevieron,
Y á su próspera suerte y buen destino
El dudoso suceso cometieron:
No dos leguas andadas del camino
Las amigas cabezas conocieron,
De los sangrientos cuerpos apartadas,
Y en empinados palos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
Causó en los firmes ánimos mudanza,
Antes con ira y cólera impaciente
Se encienden mas sedientos de venganza:
Y de rabia incitados nuevamente
Maldicen y murmuran la tardanza:
Solo Valdivia calla y teme el punto;
Pero rompió el silencio y pena junto

Diciendo: «¡Oh compañeros, do se encierra
Todo esfuerzo, valor y entendimiento!
Ya veis la desvergüenza de la tierra,
Que en nuestro daño da bandera al viento;
Veis quebrada la fe, rota la guerra;
Los pactos van del todo en rompimiento;
Siento la áspera trompa en el oido,
Y veo un fuego diabólico encendido.

»Bien conoceis la fuerza del estado
Con tanto daño nuestro autorizada:
Mirad lo que fortuna os ha ayudado
Guiando con su mano vuestra espada;
El trabajo y la sangre que ha costado,
Que della está la tierra alimentada;
Y pues tenemos tiempo y aparejo,
Será bueno tomar nuevo consejo.

»Quién estos son tendreis en la memoria,
Pues hay tanta razon de conocellos,
Que si dellos no hubiésemos vitoria,
Y en campo no pudiésemos vencellos,
Será tal su arrogancia y vanagloria,
Que el mundo no podrá después con ellos:
Dudoso estoy, no sé, no sé qué haga
Que á nuestro honor y causa satisfaga.»

La poca edad y menos esperiencia
De los mozos livianos que allí habia
Descubrió con la usada inadvertencia
A tal tiempo su necia valentía,
Diciendo: «¡Oh capitán! danos licencia,
Que solos diez sin otra compañía
El bando asolaremos araucano,
Y haremos el camino y paso llano.

»Lo que jamás hicimos en estrecho
No es bien por nuestro honor que lo hagamos;
Pues es cierto que cuanto hemos hecho
Volviendo atrás un paso lo manchamos:
Mostremos al peligro osado pecho,
Que en él está la gloria que buscamos.»
Valdivia de la réplica sentido
Enmudeció de rabia y de córrido.

¡Oh Valdivia, varon acreditado!
Cuánto la verde plática sentiste:
No solias tú temer como soldado,
Mas de buen capitán ahora temiste:
Vas á precisa muerte condenado,
Que como diestro y sabio la entendiste;
Pero quieres perder antes la vida,
Que sea en tí una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un indio amigo,
Y á sus piés, en voz alta, arrodillado
Le dice: «¡Oh capitán! mira que digo
Que no pases el término vedado:
Veinte mil conjurados, yo testigo,
En Tucapel te esperan, protestado
De pasar sin temor la muerte honrosa
Antes que vivir vida vergonzosa.»

Alguna turbacion dió de repente
Lo que el amigo bárbaro propuso,
Discurre un miedo helado por la gente,
La triste muerte en medio se les puso;
Pero el gobernador osadamente,
Que también hasta allí estuvo confuso,
Les dice: «caballeros, ¿que dudamos?
¿Sin ver los enemigos nos turbamos?»

Al caballo con ánimo hiriendo,
Sin mas les persuadir rompe la via,
De los miembros el miedo sacudiendo,
Le sigue la esforzada compañía;
Y en breve espacio el valle descubriendo
De Tucapel, bien lejos parecia
El muro, antes vistoso levantado,
Por los anchos cimientos asolado.

TOMO I

Valdivia aquí paró, y dijo: «¡Oh constante
Española nacion de confianza:
Por tierra está el castillo tan pujante,
Que en él solo estribaba mi esperanza;
El pérfido enemigo veis delante,
Ya os amenaza la contraria lanza:
En esto mas no tengo que avisaros,
Pues solo el pelear puede salvaros.»

Estaba, como digo, así hablando,
Que aun no acababa bien estas razones,
Cuando por todas partes rodeando
Los iban con espesos escuadrones,
Las astas de anchos hierros blandiendo,
Gritando: «engañadores y ladrones,
La tierra dejareis hoy con la vida;
Pagándonos la deuda tan debida.»

Viendo Valdivia serle ya forzoso
Que la fuerza y fortuna se probase,
Mandó que al escuadron menos copioso
Y mas vecino, á fin que no cerrase,
Saliese Bobadilla, el cual furioso
Sin que Valdivia mas le amonestase,
Con poca gente y con esfuerzo grande
Asalta el escuadron de Mareande.

La piquería del bárbaro calada
A los pocos soldados atendia;
Pero al tiempo del golpe levantada
Abriendo un gran portillo se desvia:
Dales sin resistir franca la entrada,
Y en medio el escuadron los recogia,
Las hileras abiertas se cerraron,
Y dentro á los cristianos sepultaron.

Como el caimán hambriento cuando siente
El escuadron de peces, que cortando
Viene con gran bullicio la corriente,
El agua clara en torno alborotando;
Que abriendo la gran boca cautamente
Recoge allí el pescado, y apretando
Las cóncavas quijadas lo deshace,
Y al insaciable vientre satisface;

Pues de aquella manera recogido
Fué el pequeño escuadron del homicida,
Y en un espacio breve consumido
Sin escapar cristiano con la vida.
Ya el araucano ejército movido
Por la ronca trompeta obedecida,
Con gran estruendo y pasos ordenados
Cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada
Tendía el paso con mas atrevimiento:
Viéndola así Valdivia adelantada,
No escarmentado manda á su sarjento
Que escogiendo la gente mas granada
Dé sobre ella con recio movimiento;
Pero diez españoles solamente
Pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadron bárbaro importuno
Ir se dejan sin miedo á rienda floja,
Y en el encuentro de los diez ninguno
Dejó allí de sacar la lanza roja:
Desocupó la silla solo uno,
Que con la basca y última congoja
De la rabiosa muerte, el pecho abierto,
Sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve después también cayeron,
Haciendo tales hechos señalados,
Que digna y justamente merecieron
Ser de la eterna fama levantados.
Hechos pedazos todos diez murieron
Quedando de su muerte antes vengados.
En esto, la española trompa oída
Dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte,
Los dientes y las lanzas apretando,
Que de cuatro escuadrones al mas fuerte
Le van un largo trecho retirando:
Hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
Piernas, brazos, cabezas cercenando:
Los bárbaros por esto no se admiran,
Antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiene,
Perdone Dios á aquel que allí cayere;
Del un bando y del otro así se ofende
Que de ambas partes mucha gente muere:
Bien se estima la plaza y se defiende,
Volver un paso atrás ninguno quiere,
Cubre la roja sangre todo el prado,
Tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
Los templados arneses reteñian,
Y las vivas entrañas escondidas
Con carniceros golpes descubrian:
Cabezas de los cuerpos divididas
Que aun el vital espíritu tenian,
Por el sangriento campo iban rodando
Vuelos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
Todo en color de sangre lo convierte,
Siempre el acometer es más furioso,
Pero ya el combatir es menos fuerte:
Ninguno allí pretende otro reposo
Que el último reposo de la muerte,
El mas medroso atiende con cuidado
A solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
Crió en los nuestros fuerza tan extraña,
Que con deshonor y daño de la gente
Pierden los araucanos la campaña;
Al fin dan las espaldas claramente,
Suenan voces: «Vitoria, España, España,»
Mas el incontrastable y duro hado
Dió un extraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido,
Que á Valdivia de paje le servia,
Acariciado dél y favorito
En su servicio á la sazón venia:
Del amor de su patria conmovido,
Viendo que á mas andar se retraia,
Comienza á grandes voces á animarla
Y con tales razones á incitarla:

«¡Oh ciega gente del temor guiada!
¿A dó volveis los temerosos pechos?
Que la fama en mil años alcanzada
Aquí perece y todos vuestros hechos.
La fuerza pierden hoy jamás violada
Vuestras leyes, los fueros y derechos:
De señores, de libres, de temidos,
Quedais siervos, sujetos y abatidos.

«Manchais la clara estirpe y descendencia,
Y enjeris en el tronco generoso
Una incurable plaga, una dolencia,
Un deshonor perpetuo, ignominioso:
Mirad de los contrarios la impotencia,
La falta del aliento, y el fogoso
Latir de los caballos, las ijadas
Llenas de sangre y de sudor bañadas.

«No os desnudeis del hábito y costumbre
Que de nuestros abuelos mantenemos,
Ni el araucano nombre de la cumbre
A estado tan infame derribemos:
Huid el grave yugo y servidumbre,
Al duro hierro osado pecho demos;
¿Por qué mostrais espaldas esforzadas
Que son de los peligros reservadas?

«Fijad esto que digo en la memoria,
Que el ciego y torpe miedo os va turbando;
Dejad de vos al mundo eterna historia
Vuestra sujeta patria libertando;
Volved, no rehuséis tan gran vitoria,
Que os está el hado próspero llamando;
A lo menos fijad el pié lijero,
Vereis cómo en defensa vuestra muero.»

En esto una nervosa y gruesa lanza
Contra Valdivia su señor blandía,
Dando de sí gran muestra y esperanza,
Por mas los persuadir arremetía;
Y entre el hierro español así se lanza,
Como con gran calor en agua fría
Se arroja el ciervo en el caliente estío,
Para templar el sol con algun frío.

De solo el primer bote uno atraviesa,
Otro apunta por medio del costado,
Y aunque la dura lanza era muy gruesa,
Salió el hierro sangriento al otro lado:
Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
Y barrenando el muslo á otro soldado,
En él la fuerte pica fué rompida
Quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la fiera asta, luego afierra
Del suelo una pesada y dura maza.
Mata, hiere, destronca y echa á tierra
Haciendo en breve espacio larga plaza:
En él se resumió toda la guerra,
Cesa el alcance y dan en él la caza;
Mas él aquí y allí va tan liviano
Que hieren por herirle el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
Ni en antigua escritura se ha leído,
Que estando de la parte vitoriosa
Se pase á la contraria del vencido?
¿Y que solo valor y no otra cosa
De un bárbaro muchacho haya podido
Arrebatarse por fuerza á los cristianos
Una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios, que las vidas
Sacrificaron por la patria amada,
Ni Curcio, Horacio, Scevola y Leonidas,
Dieron muestra de sí tan señalada;
Ni aquellos que en las guerras tan reñidas
Alcanzaron gran fama por la espada:
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filon, Sceva y Dentato.

Decidme: estos famosos ¿qué hicieron
Que al hecho deste bárbaro igual fuese?
¿Qué empresa ó qué batalla acometieron
Que á lo menos en duda no estuviese?
¿A qué riesgo y peligro se pusieron
Que la sed del reinar no los moviese,
Y de intereses grandes insistidos
Que á los tímidos hacen atrevidos?